

pues de haber orado delante de las reliquias del santo mártir, fué librado repentinamente de una enfermedad terrible. Mas su hermana Paladia, aquejada del mismo mal, está ofreciendo ante el pueblo reunido un espectáculo digno de lástima. Llena de confianza, ella se arrodilla también cerca del relicario, en que están encerrados los huesos de S. Estéban; ora con gran fervor; los fieles se unen á sus ruegos; S. Agustín sube á la cátedra y no está acabado todavía su sermón, cuando de todos los lados de la basílica se levanta una aclamación inmensa. La enferma acababa de ser curada á la vista de una gran muchedumbre de espectadores. El mismo S. Agustín nos refiere estos hechos sucedidos en su propia iglesia y ante sus propios ojos¹. Decidme, pues, cristianos, si Dios ha recompensado y recompensa con repetidos milagros los honores tributados á las reliquias de los santos, ¿no es bien claro y evidente, que Él mismo autoriza la veneración que profesamos á dichos sagrados restos?

PERORACION. — Voy á terminar, hermanos míos, diciéndoos algunas palabras sobre el honor que debemos tributar á las imágenes de los santos. Os considero bastante instruidos para juzgar y saber, que no es ni la madera, ni la piedra, ni ninguna otra materia lo que honramos en las estatuas é imágenes de los santos. Nuestra intención es simplemente referir nuestros obsequios á los bienaventurados, cuya memoria ellas nos recuerdan. Así es, que las imágenes ayudan nuestra piedad, sostienen nuestra atención en los ruegos y avivan en cierto modo nuestra fé y confianza. O Dulce Virgen María, nos gusta arrodillarnos al pié de vuestras estatuas; besamos piadosamente vuestras imágenes y medallas; mas sois vos, o Reina nuestra, el objeto, que intentamos honrar, cuando ofrecemos esas muestras de respeto á las imágenes, que os representan... Una vez un emperador impío osó alzarse con furor contra el culto, tributado constantemente por la Iglesia á las imágenes de los santos. Él hizo comparecer á su presencia á un venerable reli-

1. Véase la vida de S. Agustín lib. VIII, c. v. y la *ciudad de Dios*, libro XXII, cap. VIII, nº 22.

gioso, acusándole de idolatría y tratando de persuadirle, que solo debía tener desprecio y mirar con desden á las imágenes de los santos. Estéban, que era el nombre de este religioso, saca y presenta una moneda, en que estaba grabada la figura del emperador. ¿Es lícito, preguntó, él, hollar esta imagen? No, respondió la gente, que asistía á este interrogatorio; esa es la efigie del emperador y teneis el deber de respetarla. Si es así, replicó el religioso, ¿no debemos con mayor razón honrar y respetar las imágenes que nos representan la memoria de Jesucristo, de su augusta Madre y de los santos, que reinan en su compañía allá en el cielo? Y en verdad que no faltaba razón á ese santo religioso, que fué mártir de su fé¹. Así pues, hermanos míos, invoquemos á los santos, veneremos sus reliquias, honremos sus imágenes y todo cuanto nos recuerda su memoria; de esta manera mereceremos, que ellos sean nuestros protectores y que nos introduzcan en el seno de aquel magnífico Paraíso que constituye su eterna herencia... Así sea.

VIGÉSIMA CUARTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

VIRTUD DE LA RELIGION (CONTINUACION). COMO SE PECA CONTRA LA VIRTUD DE LA RELIGION POR DEFECTO; COMO SE PECA CONTRA LA MISMA VIRTUD POR EXCESO.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* Adorarás al Señor tu Dios y á Él solo servirás.

(LUC. IV, 8).

EXORDIO. — Hermanos míos, voy á comenzar, resumiendo en

1. Véase la vida de este santo y el hecho, á que hago alusión, en la historia de la Iglesia de *Darras y Rorbacher*.

pocas palabras cuanto os tengo dicho sobre la hermosa virtud de la Religion... Sin duda no habréis olvidado, que esta virtud consiste principalmente en tributar á Dios el culto que le es debido, los homenajes y adoraciones, á que tiene derecho, por ser nuestro Soberano Dueño y Señor. Mas de la misma manera que los que aman verdaderamente á un rey, tienen veneracion á la madre y respeto á los ministros del mismo; así, segun os hemos explicado, mientras reconocemos á Dios por nuestro Soberano Dueño, debemos tener tambien sentimientos de amor, de veneracion profunda, de confianza filial para con la augusta María, Madre de Jesucristo Nuestro Señor y nuestro Dios; y además, para poseer la virtud de la Religion de una manera completa, es menester, que honremos á los ángeles y santos, que son los servidores y amigos del Rey del cielo.

He igualmente añadido, que este culto de honor debía extenderse á las reliquias sagradas y hasta á las imágenes, que nos excitan el recuerdo de las almas bienaventuradas que allá arriba gozan de la gloria eterna.

Así pues, adorar á Dios, alabarle, bendecirle, reconocerle como soberano Señor, asistir devotamente, por lo menos todos los días festivos, al santo sacrificio de la Misa, ser fieles en rezar nuestras oraciones de mañana y noche, tales son los principales actos del culto que debemos á Dios. Alabar, felicitar á los santos, reclamar sus socorros, imitar sus virtudes y venerar sus reliquias é imágenes, tal es el culto que debemos ofrecer á los santos, culto, que se refiere á Dios mismo, pues á Dios honramos, cuando honramos los santos, sus amigos.

PROPOSICION. — Al hablaros de la virtud de la Esperanza, os dije, que podíamos pecar de dos maneras contra esta importante virtud, á saber: por defecto y por exceso: por desesperacion y por presuncion. Lo mismo podemos decir con respecto á la virtud de la Religion; puede uno estar privado de ella, ó tenerla de una manera exagerada, falsa y mal entendida. « La virtud, dice Sto. Tomás, ¹ consiste en un medio prudente y sabio ». Esto es lo que

1. *Religio est virtus moralis. Omnis virtus moralis in medio consistit; et ideo duplex vitium virtuti morali opponitur; unum quidem secundum*

me propongo exponeros con la gracia de Dios en esta instruccion.

DIVISION. — Vamos, pues, á examinar: *Primero*: como se peca contra la virtud de la Religion por defecto; *segundo*: como se peca contra esta misma virtud por exceso; esto es, comprendiéndola mal.

Primera parte. — En dos palabras pueden resumirse, hermanos carísimos, los pecados que pueden cometerse por defecto de religion; á saber la impiedad y el sacrilegio, dos pecados verdaderamente enormes. Llamo impíos á los que se niegan á rendir al Soberano Dueño, cual es Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, los homenajes que le son debidos... ¿ Creen ellos en un solo Dios, Criador del universo? No lo sé; pero dudo que crean con firmeza en la dignidad é inmortalidad de su alma, en los premios que esperan los justos para la otra vida, y en los castigos que están reservados á los malos. Para la mayor parte de ellos cuando uno muere todo muere, y de buena gana se conformarían con el dicho de un incredulo famoso, que afirmaba ¹: Entre el hombre y el perro no hay mas diferencia, que la del vestido... ¡ Insensatos! Sea así en cuanto á vosotros.. ¡ si quereis ser absolutamente como los brutos, quedaos con vuestra opinion, que debe sin duda interesaros! Pero en cuanto á nosotros, dejadmos nuestra alma inmortal y los gloriosos destinos que nos aguardan; dejadnos ese Padre que tenemos en los cielos, que reclama nuestros obsequios y se interesa por nuestras necesidades.

¡ Cuán estúpido y culpable se muestra, hermanos carísimos, el hombre, que no adora á Dios!... Beber, comer, dormir, trabajar, si su posicion le fuerza á ello y su misma impiedad se lo permite, y despues morir como una bestia, sin levantar al cielo una mirada de esperanza, hé aqui á que se reduce su papel en la tierra. De-

excessum, aliud autem secundum defectum. Summa theolog, secunda secunda, quæst. xcii artº 1º Nos hemos contentado con dar un resumen de la doctrina del Sto. Doctor. Los que quieran conocerla con mas extension á propósito de varias supersticiones, podrán leer las cuestiones que siguen á la que hemos indicado, así como las notas con que M. Lachat ha exornado su traduccion. — 2. Diderot.

cidme, ¿ qué os parece de eso ? ¿ Teneis por honrado, noble y digno semejante papel ? ¿ No os parece por el contrario muy vil y en extremo triste ?... He hablado de los animales brutos... Pero habeis de advertir, que la impiedad pone al hombre muy por debajo de los mismos brutos... Representaos á un impío colocado en medio de nuestras hermosas campiñas, cuando termina la primavera y comienza el verano... En vano inunda el sol de su luz y baña con su calor la bella naturaleza, en vano la tierra ostenta sus doradas mieses... En vano las aves bendicen con sus gorjeos á Dios, que en la abundancia del grano les ofrece el alimento de la mañana... Que los árboles esten cargados de fruto, que los vientos, sacudiendo el follaje, produzcan armoniosos susurros, el corazón del impío permanecerá árido é insensible, de su boca no saldrá una sola palabra para adorar, ensalzar y dar gracias al soberano autor de tantas maravillas. Su inteligencia, obscurecida y encenagada, le hará permanecer estúpido y atontado con sus pensamientos y frente pegados al polvo de la tierra. Contemplad al impío en el seno de nuestras iglesias, á donde le habrán llamado quizás el matrimonio de un amigo, el entierro de algun pariente ó una vana curiosidad. No penseis que él sepa hacerse cargo de lo que es una iglesia y de que allí esté presente Jesús. ¿ Se dignará acaso arrojarse ? No lo sé ; lo que si puedo afirmar, es que de sus labios no saldrá la menor súplica, y que nuestros hermosas ceremonias no harán impresion alguna en su corazón. No hablemos ya de esos sarcasmos y blasfemias groseras, que forman la conversacion ordinaria y obligada de los impíos. Os he dicho todo lo bastante, para haceros ver, que la impiedad es un gran crimen, y que no es extraño que Dios la castigue tan frecuentemente, ya en este mundo, con muerte de réprobo...

No se llega, hermanos carísimos, de golpe á este exceso ; la impiedad va desarrollándose poco á poco en el fondo de nuestras almas ; comiézase por dejar la oracion de mañana y noche ; no se tiene escrúpulo de faltar á Misa y á las funciones de la iglesia en los días festivos ; y asi poco á poco se acaba por perder todo sentimiento de religion y por caer en el mísero estado que os des-

cribia... Seamos, pues, fieles en cumplir los deberes que nos impone la virtud de la Religion, si no queremos exponernos á ser unos impíos...

Una palabra sobre el sacrilegio. Ya sabeis que el sacrilegio es la profanacion de una cosa santa, por ejemplo, de un sacramento, de una iglesia, de un objeto bendito, de todo lo que está consagrado á Dios de una manera especial... Si bien todas las cosas del universo pertenecen al Señor, sin embargo ha querido Él reservarse algunas cosas de una manera mas especial, como un príncipe que en sus Estados escogiese lo que debe formar su patrimonio real... Entre todos los lugares se ha reservado el Señor nuestros templos é Iglesias ; entre todos los días se ha reservado los Domingos y días festivos ; entre todos los objetos háse reservado nuestros vasos sagrados y todo lo que sirve á la administracion de los sacramentos. Entre las personas ha escogido Dios para sí á los sacerdotes, los obispos, los religiosos, las religiosas y todo lo que le está consagrado de una manera particular. Profanar, pues, esas cosas ó personas siempre es un sacrilegio mas é menos grave y un pecado contra la virtud de la Religion. No ignorais tampoco, pues se os ha repetido mil veces, que recibir un sacramento sin las disposiciones debidas es un enorme sacrilegio, un pecado siempre mortal. Es inútil alargarme sobre esto...

Segunda parte. — Para no hacerme molesto, me apresuro á hablaros de los pecados, que pueden cometerse contra la virtud de la Religion por exceso. O bien el culto que rendimos, está falseado en cuanto á su objeto ; y entonces se llama idolatría, ó bien en la manera de tributarlo, y en este caso llámase supersticion... Ambas cosas son igualmente contrarias á la virtud de la religion.

La idolatría, esto es, el culto supremo, tributado á los demonios, que se hacian adorar bajo los nombres y las formas mas extrañas, reinaba en casi todo el universo, antes de la venida de nuestro augusto Salvador. Gloriosos apóstoles de Jesús, no solo tuvisteis que sufrir trabajos inauditos, sino que derramasteis vuestra sangre en medio de los mas crueles suplicios, para destruir

el culto infame, que en todas partes se tributaba á los ídolos. ¿ Y qué hicieron, qué hacen todavía los santos mártires de todos los siglos, desde S. Pedro hasta nuestros generosos misioneros, que cada año derraman su sangre por la Fé? Combatir y esforzarse en destruir la idolatría, esto es, los honores divinos ofrecidos á los demonios ú otras criaturas que no tienen derecho á ello... Así los primeros mártires decían á los paganos: « Júpiter, á quien adoráis, no es Dios. Vuestra infame Vénus tampoco es una Diosa, y todas las demás divinidades de vuestra religion no son sino viles demonios, ú vuestros Césares mismos, á pesar de su poder, son simples mortales, sujetos como nosotros á las miserias de la vida y á la destruccion de la muerte. Solo el Dios verdadero tiene derecho á nuestras adoraciones ». Y S. Pedro y S. Pablo, S. Lorenzo, Sta. Inés y tantos millones de mártires morían para abolir la idolatría. La generacion de estos corazones generosos no se agotó empero, sino que se ha conservado siempre en la santa Iglesia católica. « Vuestro Budha no es un Dios », dicen los apóstoles del Thibet. « ¡ No! no podeis tributar á vanos simulacros el culto debido al Dios verdadero », decían, hace sólo algunos meses, tres jóvenes misioneros, degollados por los negros del Africa ¹. Gran mal debe ser la idolatría, hermanos carísimos, cuando tantos corazones generosos y esforzados no han vacilado, ni vacilan en sufrir los mas crueles tormentos, para extirparla... ¡ Cuántas gracias debemos nosotros dar el Señor, por habernos hecho nacer en un pais iluminado por los esplendores del Cristianismo!...

Mas sería acaso imposible hallar idolatras aun entre Cristianos?... El avaro, que prefiere sus riquezas á Dios; aquellos hombres, de quienes dice S. Pablo, que tienen por Dios á su vientre; aquellos disolutos, que sólo piensan en el objeto de su vil pasión, esos, pues, y otros semejantes ¿ no podrian calificarse de idolatras?... Si es que no tributan un culto exterior al objeto de sus viles pasiones, ¿ no podriamos empero decir, que interiormente y

1. Véase la carta de Mons. el Arzobispo de Argel sobre el martirio de los P.P. Mennot, Paulmier, y Bouchand, sacrificados por los infieles á fines de Enero de 1876.

en el fondo de su corazón lo prefieren al Dueño Soberano, á quien apenas jamás adoran, y cuyo servicio menosprecian? Por consiguiente no lo olvidemos; para ser un ídólatra, no es menester prosternarse delante de los ídolos, basta preferir cualquier criatura á Dios, Supremo Señor del universo.

He tambien dicho, que se pecaba contra la virtud de la Religion, extraviándose en la manera de honrar á Dios ó á sus santos; y esto se llama supersticion. Hay varias clases de supersticion que sólo podré indicar. Tratais, por ejemplo, de conocer lo futuro, consultando á ciertos charlatanes que, por la inspeccion de vuestra mano, trazando ciertas figuras, ó tirando algunas cartas, pretenderán anunciároslo; eso es supersticion. Habeis perdido algun objeto, os ha sucedido alguna desgracia ó sois víctima de un robo, y entonces vais á consultar á un pretendido adivino, ó á alguna somnábula; eso es tambien supersticion. Dios no ha ciertamente vinculado á ése género de prácticas, ni concedido á esa clase de aventureros la facultad de predecir lo venidero, ó de descubrir las cosas ocultas... Si ellos lo hiciesen, sería con el auxilio de Satanás; y en este caso juzgad vosotros mismos, cuan culpables os hariais, recurriendo, aunque fuese indirectamente, á semejante intermedio...

Otro género de supersticion es la vana observancia... Algunos ejemplos os harán entender quizás mejor, que una definicion, lo que significan tales palabras. Imaginarse que el canto del buho, oido en la tarde, es anuncio de muerte dentro del año; temer el encuentro de dos picazas, como un presagio de desgracia, no querer comenzar la siembra ó cualquier otro trabajo en viernes, como si este día fuese un día nefasto; temer encontrarse trece en la mesa, temblar, si se vuelca el salero, si un cubierto se encuentra puesto en forma de cruz, todas estas cosas son otras tantas vanas observancias, que acusan una profunda ignorancia de la religion y son indicio de un espíritu apocado. Lo mismo diré respecto de algunas pretendidas recetas, destinadas á la curacion de ciertas enfermedades; todas esas cosas no son mas que embelecocos, que no pueden tener eficacia alguna.

Hé aqui un caso entre mil. Una vieja, poco religiosa, totalmente ignorante, á la cual la gente tenia por semi-bruja, pretendia curar infaliblemente á los niños, tocados de esa inflamacion ó sarro, que procede ordinariamente á la primera denticion. ¡ Pobres madres, qué crédulas sois, cuando vuestros tiernos niños padecen y están enfermos!... Muchos de esos pequeños inocentes fueron traídos á la mujer en cuestion; púsose en un vaso agua bendita, hizo-se caer en el vaso algunas gotas de cera de un cirio bendito, rezándose, no sé, que clase de oraciones... La vieja, largamente pagada, protestaba, que los niños curarían... Las madres fiadas, por demasiado crédulas, de las promesas de la vieja, no cuidaron de llamar al médico; y dos dias despues con gran desesperacion de las pobres madres, el cielo contaba tres angelitos mas entre sus moradores.

¿ Os sonreís tal vez? Pues mirad á vuestro atrededor y notaréis quizá algunas de esas vanas observancias, no menos ridiculas, y en las que se hace entrar por desgracia y con indigna frecuencia cosas santas y benditas. No acabaría, si me detuviera en este punto. Ved, pues, el principio que no debeis olvidar jamás y que debe guiaros, si quereis ser cristianos instruidos: Atribuir, no importa, á que práctica ó á que oracion, aunque os parezca la mas hermosa y santa, una virtud que Dios infaliblemente no ha vinculado á ella, es hacerse culpable de supersticion... No hablemos tampoco de los pactos formales contraídos con el demonio; los ha habido en algun tiempo; los hay quizás todavía en nuestros días; pero los ejemplos de ello no son muy frecuentes para que juzguemos conveniente detenernos sobre el particular. Si se pidiera mi parecer, con dificultad permitiría emplear el magnetismo y nunca consultar las mesas giratorias. Hay en eso una supersticion, que no está realmente exenta de peligro. Satanás, os lo afirmo con todo seguridad, ha intervenido mas de una vez en esas consultas imprudentes, y muchas personas han perdido con ello y por justo castigo la poca fé que tenían ¹.

1. Véase Mirville, *Los Espiritus*.

PERORACION. — En nuestros días, carísimos hermanos, se peca contra la virtud de la religion mas por defecto que por exceso. Asi quiero terminar, refiriéndoos el castigo de un sacrilego y la muerte de un impio. Cuenta S. Atanasio, que en un momento de desórden fué invadida su iglesia, y que unos jóvenes libertinos se paseaban en ella, cometiendo toda suerte de profanaciones... Uno de ellos osó sentarse con grandes risotadas en el trono del Patriarca, tratando de levantarlo y arrancarlo en medio de las mas ignobles zumbas... La venganza divina no se hizo esperar; un pedazo del trono destrozado, atravesó, sin saber como, las entrañas del profanador, que era un cadáver inanimado y sangriento, cuando le sacaron del templo que había profanado ¹. — Hé ahí como castiga Dios á veces el sacrilegio... Veamos ahora como castiga á los impíos... Citemos la muerte del mas famoso de entre ellos... Ved allá en un aposento de una casa de Paris á un viejo descrepito, que presenta en sus facciones un no sé que de horrible y satánico... ¡ Es Voltaire, el famoso Voltaire, que está á punto de morir!... Sus amigos le han abandonado, y se encuentra solo con un criado que vela junto al lecho del agonizante. Tronchet el médico, entra, y retrocede espantado á la vista del moribundo, sobre cuya frente parece haber escrito ya la justicia divina el anatema de reprobacion... Y poco despues el viejo impío espiraba; y sintiendo en su alma las torturas del infierno, gritaba: Muero abandonado de Dios y de los hombres... ¡ Oh Dios mio; de cuán diferente manera mueren vuestros justos; cuán mas apacible es la hora que termina su peregrinacion terrena! ¡ Ellos han tenido la virtud de la Religion; ellos os han adorado; ellos han venerado vuestra Sta. Madre y han invocado á los Santos! ¡ Para ellos la muerte es la hora del rescate; ellos vuelan allá arriba á juntarse con su familia y con el Padre mas amable de los padres! ¡ Qué dulce es la muerte de los santos! ¡ Haga Dios, hermanos carísimos, que nuestra muerte sea como la muerte de los justos... Asi sea.

1. Cartas de S. Atanasio.